



(Interior del patio del antiguo Alcázar de Madrid.)

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

Hasta mediados del siglo X, y con motivo de una acometida del rey D. Ramiro II de León contra los moros que la ocupaban, no suena ni figura en la historia nacional la villa de Madrid, que andando los tiempos había de llegar á ser imperial y coronada capital del reino, bajo el estendido cetro de los monarcas de la austriaca dinastía, emporio central de donde partían las órdenes que debían obedecer y acatar en las cuatro partes del mundo conocido, Nápoles y Lisboa, Génova y Milán, Bruselas y Amberes, Méjico y Lima, la India Oriental, las costas africanas, y los archipiélagos de las Antillas, Canarias, Azores y Filipinas.

Cuál fuera el origen verdadero, la humilde cuna de esta importantísima población, es cosa que no está ciertamente averiguada, á pesar de los entusiastas alegatos é indigestos mamotretos con que multitud de apasionados coronistas y aduladores heráldicos pretendieron, como es costumbre con todos los poderosos, entroncar la alcurnia de la ya magnífica corte de los Carlos y Felipes, con los héroes mitológicos y con los conquistadores y fundadores griegos y romanos.—Dejémosles pues delirar á su sabor con su pretendida MANTUA de los Carpetanos, fundada (según ellos, y según todavía viene afirmando muy seriamente nuestro calendario), hace cuarenta siglos y pico, por un cierto príncipe hijo de Tiberio rey de Toscana y de la adivina Mantu, llamado *Oco Bianor*.—Dejémosles estasiarse con el dragon alado, que al decir de los mismos recibió Mantua de los griegos como blason, y con los muchos y galanos comentarios sobre el *sino* influyente en esta villa; sobre la constelación *Bootes*, el carro celeste y las siete cabrillas; sobre *el oso* y *el madroño*, y sobre las infinitas variantes del nombre de Mantua, que pretenden convertido después en *Ursaria*, *Majoritum*, etc.

No pretendamos tampoco por ahora seguir en sus mas concienzudas y eruditas investigaciones á otros historiadores y críticos modernos que, con mas copia de observacion y mejor criterio, pretenden demostrar la fundacion y existencia, siempre remotísima después de la dominacion romana y en tiempo de la monarquía goda, Madrid, aunque reducido á los estrechos limites comprendidos entre el Alcázar, hoy Palacio Real, la puerta de la Vega y el Arco de Santa Maria, á la entrada de la calle del Factor. Estos primitivos limites de Madrid tampoco estan suficientemente conocidos, aunque parecen demostrados con la existencia de dicho arco demolido en 1572.

PRIMERA AMPLIACION.

Pero la segunda cerca de Madrid, ó sea su fuerte y elevada muralla que ostentaba aun en tiempo del emperador Carlos 128 torres y cubos en sus lienzos de doce piés de espesor y de sólida cantería y argamasa, es cosa de cuya existencia no cabe la menor duda, tanto por el testimonio de todos los autores y documentos contemporáneos, cuanto por los mismos trozos de dicha muralla que sucesivamente han ido descubriéndose hasta nuestros mismos dias con ocasion de los derribos y reconstruccion de los edificios que descansaban sobre aquellos venerables restos.

De todos estos testimonios fehacientes, y principalmente de la vista material y el estudio del gran *Plano general de Madrid* publicado en Amberes en 1656, en que está representado todo el caserio, calles, plazas y jardines de la villa en escala bastante estensa para poderse apreciar sus detalles, y con los alzados de los edificios en perspectiva caballera á la parte del Mediodía, se viene á adquirir el conocimiento perfecto de la forma y direccion de dicha muralla, por los trozos de ella, que con ligeros intervalos se conservaban aun al descubierto en aquella época, y estan representados en el plano.

En otros artículos en que nos hemos ocupado del Madrid del siglo XVII, hicimos una descripcion minuciosa de aquel precioso documento (1), de que quedan hoy rarísimos ejemplares, y al que habremos de referirnos necesariamente en mas de una ocasion en el presente. Por hoy, nos proponemos limitar nuestra investigacion al recinto comprendido dentro de la muralla primitiva ó mas averiguada, que, ya fuese obra romana, como pretenden muchos, ó ya de los árabes durante su larga dominacion en esta villa, como es mas probable, sirvió de limites y de defensa á la misma, no solamente hasta los últi-

(1) Consta este plano de veinte hojas de gran marca, las cuales unidas y pegadas sobre un lienzo (como estan en el ejemplar que posee el Excmo. ayuntamiento) ocupan una extension de unos 12 piés por 10 de altura, ó sea 120 superficiales.

En la parte superior de dicho plano se lee esta inscripcion: MANTUA CARPENTANORUM SIVE MATH TUM URBIS REGIA.—Al lado derecho estan las armas reales sobre trofeos, y se lee: Philip IV rege católico. Forti et Pro. Urbem hanc suam et in ea orbis sibi subjecti compendium exhibet MDCIF: y debajo en una tarjeta sostenida por figuras alegóricas y trofeos se encuentra la siguiente inscripcion: Topografía de la villa de Madrid; descrita por D. Pedro Teixeira, año de 1656, en la que se demuestran todas sus calles, el largo y ancho de cada una de ellas, las rincónadas, y lo que tuercen, las plazas, fuentes, jardines y huertas, con la disposicion que tienen; las parroquias, monasterios y hospitales estan señalados sus nombres con letras y números que se hallarán en la tabla; y los edificios, torres y delanteras de las casas de parte que mira al Mediodía estan socadas al natural que se podrán contar las puertas y ventanas de cada una de ellas. A la izquierda está la tabla y la escala de 1/1870 y debajo dice: Salmon Sauri feci, cura et solitudine Joannis et Jacobi Vanmercele, Auterpien.

12 DE JUNIO DE 1835.

mos del siglo XI en que se verificó su conquista por las armas del rey D. Alfonso el VI, sino dos siglos después, hasta que á consecuencia de la mayor importancia y población, adquiridas por ella con el andar de los tiempos y el favor y asistencia de los monarcas en Madrid, fué necesario extender sus límites, encerrando dentro de una nueva cerca los ya populosos arrabales de san Martín, san Ginés y san Francisco.

En este supuesto, pues, diremos, que según claramente se observa en el ya citado plano, dicha muralla primitiva arrantando por detrás del Alcázar (que como es sabido estaba en el mismo sitio que hoy el Real Palacio), seguía recta hasta la puerta de la Vega, y penetrando luego por entre las casas del marqués de Povar, hoy de Malpica, y de la conocida actualmente por la chica de Osuna, bajaba á las huertas del Pozacho que se hallaban en lo que hoy es calle de Segovia, hacia las casas de la Moneda, dirigiéndose luego á ganar la altura frontera de las Vistillas por el terreno que ahora es conocido con el nombre de Cuesta de los Ciegos; desde dicha altura penetraba por detrás de la casa del duque del Infantado hasta salir por delante de san Andrés, al sitio donde estaba la *Puerta de Moros*, que hoy conserva este nombre; de aquí tocando en los límites de lo que después se llamó la Caba Baja y Calle del Almendro (de que podemos dar fé por un trozo descubierto el año pasado con el derribo de la casa última de esta), seguía casi la dirección que actualmente dichas calles saliendo á la *Puerta Cerrada*, la cual debía estar situada hacia el sitio mismo en que hoy la cruz de piedra. Aquí desaparece en el plano la continuidad de la muralla con las nuevas construcciones; pero se sabe que subiendo por la Caba de san Miguel hacia el sitio y trozo de la calle Mayor, conocido después por las *Platerías*, alzabase en él la *Puerta de Guadalajara* enfrente de la embocadura de la actual calle de Milaneses, y continuaba luego la muralla por entre las calles del Espejo y de los Tintes, hoy de la Escalinata, á subir los Caños del Peral, torciendo por último hacia el frente de la subida de Santo Domingo el Real (donde había otra puerta llamada de *Balnadí*) á cerrar con el Alcázar.

Dentro pues de este limitado recinto es donde por ahora nos cumple recorrer y examinar la topografía de Madrid. No se crea por esto que sea nuestro intento emprender una historia individual y detallada de las calles y casas de nuestra capital. Obra sería esta muy superior á nuestras débiles fuerzas, y sobre todo muy estemporánea tratándose de unos breves artículos destinados á amenizar las columnas de una publicación periódica: tratamos solo de consignar en ellos, sin pretension de ninguna especie, las observaciones y noticias que hayamos podido reunir relativas á la vida histórica de las principales localidades y edificios de la villa, á los sucesos ó personajes que los ocuparon ó hicieron figurar, y otras curiosas particularidades que creemos del mayor interés, y que con auxilio de todas las obras impresas y manuscritas que trataron de las cosas de Madrid y con nuestro propio estudio y diligencia, hemos procurado indagar con algun fundamento.

Empezaremos pues nuestro paseo mental en el antiguo y estrecho recinto del *Mageril* morisco, por la parte mas occidental de esta villa, donde sobre una eminencia, que domina la campiña regada por el Manzanares, y en el sitio mismo que ocupa hoy el Real Palacio, se elevaba en lo antiguo el

ALCÁZAR DE MADRID.

Lo mas probable á nuestro entender sobre el origen y primera forma de aquella vetusta fábrica, causa principal de la importancia histórica y política de esta villa, pudo ser una de tantas fortalezas comunes de que poblaron los moros las crestas de nuestras montañas con el objeto de atender á la defensa y dominación de las poblaciones vecinas. Estos indican claramente su situación elevada, su destino primitivo, y hasta su nombre mismo, genérico entre los árabes, de esta clase de fortalezas. Muchos de los autores apreciables de Madrid atribuyen sin embargo su fundación á época mas cercana, después de la reconquista de esta villa por las armas de Alfonso VI; y de todos modos parece indudable que el rey D. Pedro verificó en el Alcázar una completa reedificación y ampliación, dándole una gran importancia y fortaleza, de que muy luego pudo hacer alarde en defensa suya y contra las huestes de su competidor D. Enrique de Trastámara, que cercaron á Madrid en 1369 y le ocuparon solo por la traición de un paisano que tenía dos torres á su cargo, á pesar de la heroica defensa del Alcázar, hecha por los Vargas y Luzones, caballeros principales de esta villa.—Consta que en ella residió algun tiempo, no solo dicho D. Pedro y su hermano y sucesor D. Enrique, sino todos ó casi todos los monarcas anteriores de Castilla y Leon; D. Fernando el Magno que la conquistó primitivamente en 1047, para abandonarla después, y que recibió en ella la visita de Almenon, rey moro de Toledo; Alfonso VI, su verdadero restaurador; el VII, llamado el emperador, que espidió á su favor notables privilegios; el VIII, ó de las Navas, que

la concedió nuevos fueros y ordenanzas; el X, llamado justamente el Sabio; D. Sancho el Bravo, que enfermó gravemente en esta villa en 1293; D. Fernando el IV, que reunió en ella las primeras Cortes, y D. Alfonso XI, que varió la forma de gobierno de Madrid, estableciendo doce regidores, dos alcaldes y un alguacil mayor, y espidió á favor de la villa nuevos fueros y privilegios.—Pero lo que no consta de ninguna manera es si dichos monarcas hicieron su residencia en el Alcázar, ni se trata de él como palacio Real, sino mas bien como defensa formidable en todas ocasiones, desde la acometida que á los pocos años de la reconquista hizo contra Madrid en 1109 el rey de los Almoravides Tejufin, y que resistieron victoriosamente los habitantes encerrados en el Alcázar rechazando al ejército marroquí, que había llegado á sentar sus reales en el sitio que aun conserva por esta razon el nombre de *El campo del moro*, hasta las ya indicadas revueltas y guerra fratricida de D. Pedro y D. Enrique.—Lo mas probable es suponer que solo en tiempo de estos y á consecuencia de las notables obras verificadas por el primero, pudo servir de mansion de los reyes de Castilla.—Posteriormente, reinando en ella D. Juan I, espidió privilegio en 1389 concediendo á D. Leon V, rey de Armenia, el señorío de Madrid y de otros pueblos, en consideración á haberle quitado el suyo el soldan de Babilonia; y dicho señor ó rey de Madrid residió en ella durante dos años, recibió el pleito homenaje de sus vecinos, confirmó sus fueros y privilegios, y *reedificó las torres y el Alcázar*.—D. Enrique III se hallaba en esta villa en 1390 á la sazón que murió en Alcalá su padre D. Juan, y es el primer monarca proclamado en Madrid antes que en ninguna otra villa del reino. El mismo espidió una real cédula alzando el pleito homenaje hecho por los madrileños á D. Leon de Armenia, é incorporando de nuevo y para siempre jamás á Madrid á la corona de Castilla; pero durante su minoría tuvieron principio en ella las largas turbulencias que agitaron el reino desde que reunidos los regentes y tutores del rey niño en la iglesia de S. Martín, fueron cercados por los condes de Trastámara y de Benavente que aspiraban á apoderarse del gobierno, hasta que en 1394, y contando ya Enrique once años, las Cortes del reino, reunidas en esta villa, le declararon mayor de edad y tomó las riendas del gobierno.—De este monarca que residió en Madrid la mayor parte de su reinado, celebró en él sus bodas, y recibió á los embajadores del Papa y de los reyes de Francia, de Aragon y de Navarra, se sabe ya espresamente que tuvo su asiento en el Alcázar, en el que hizo grandes obras y nuevas torres para depositar sus tesoros, así como su hijo D. Juan II que empezó su reinado en 1417, celebró en él varias Cortes, recibió solemnes embajadas, y las famosas del rey de Francia á que dió audiencia en un salon del Alcázar sentado en el trono, con un leon domesticado á los pies.—Sin embargo, Quintana afirma que los reyes Juan II y Enrique IV pararon algunas veces en las casas de Luis Nuñez, señor de Villafranca (á la calle de Santiago) y en las de Pedro Fernandez Lorca (Santa Catalina de los Donados). En tiempo de este monarca se consagró la capilla del Alcázar en 1.º de enero de 1434.—Enrique IV, tambien proclamado en Madrid en 1430, residió ordinariamente en el Alcázar, y en el mismo debió nacer la desdichada princesa Doña Juana, apellidada *la Beltraneja*. Un terremoto ocurrido en 1466 le arruinó en parte; pero fué restaurado á poco tiempo por la esplendidez del monarca. Este Alcázar jugó todavía un gran papel como fortaleza durante el turbulento reinado de Enrique, y la disputada sucesion de él. En 1463 fué preso de orden de aquel rey el alcaide del Alcázar Pedro Munzarés como partidario del infante D. Alfonso, que intentaba usurparle la corona, y en el mismo Alcázar fué custodiada de su orden la reina Doña Juana en castigo de su liviandad: habiendo logrado fugarse á Buitrago, fué presa de nuevo y conducida otra vez al Alcázar con su hija la Beltraneja, bajo la custodia del maestre de Santiago. Muerto en Madrid D. Enrique en 1473, se posesionaron del Alcázar los partidarios de la Beltraneja hasta el número de 400; pero fueron sitiados por el duque del Infantado, que mandaba las tropas fieles á Doña Isabel, y logró al fin de una obstinada resistencia de dos meses apoderarse de aquella fortaleza.—Los Reyes Católicos hicieron su entrada solemne en Madrid en 1477; pero consta que residieron en la casa de D. Pedro Laso de Castilla, en la plazuela de San Andrés, y no en el Alcázar, en donde tampoco pararon mas adelante su hija Doña Juana y el archiduque. En las turbulencias ocasionadas á la muerte de la reina Doña Isabel sobre el gobierno del reino, tambien figura el Alcázar como fortaleza, hasta que quedaron terminadas aquellas en las Cortes reunidas en San Gerónimo en 1509, con el juramento del rey D. Fernando, de gobernar como administrador de su hija y como tutor de su nieto D. Carlos.

Este, el emperador, proclamado en Madrid por los regentes del reino, no halló sin embargo en un principio grande adhesion entre los madrileños, que abrazaron en su mayoría la causa de las comunidades, y ofrecieron una formidable resistencia á las huestes imperiales en el Alcázar de esta villa, defendido por la esposa de Francisco de Vargas, su alcaide, á la sazón ausente. Vencidos al fin los comuneros, vino á Madrid el emperador en 1524, y habiendo tenido la suerte de

curarse en él de unas pertinaces cuartanas que padecía, cobró grande afición á esta villa, residió siempre que pudo en ella, la libertó de pechos, la concedió privilegios, acreció considerablemente su importancia, reedificó completa y suntuosamente el Alcázar, convirtiéndolo, de fortaleza que antes era, en verdadero Palacio Real, y añadió á los títulos de *Muy noble y Muy Leal* que había merecido Madrid á su antecesor Enrique IV, los de *Imperial y Coronada Villa*, y casi todo el carácter de Corte Real.—No consta sin embargo que Carlos V residiese siempre en el Alcázar; antes bien se afirma que moraba en el palacio que ocupó la misma área que hoy el monasterio de Señoras Descalzas Reales, fundado después por su hija Doña Juana, madre de Don Sebastian de Portugal; y Quintana asegura que antes de partir á la toma de Túnez, se aposentó en las casas del secretario Juan de Bozmediano (hoy del marqués de Malpica), y que luego que marchó el emperador se pasó la emperatriz con el príncipe Felipe II á las que fueron de Alonso Gutierrez (hoy Monte de Piedad). Lo que si consta referente al Alcázar, es que fué trasladado á él el prisionero de Pavia, el rey de Francia Francisco I, encerrado primeramente en la casa de los Lujanes de la plazuela de San Salvador, hoy de la Villa, que recibió en el mismo Alcázar la visita del Emperador, y que conservó tal recuerdo de este edificio, que al recobro de su libertad y regreso á su corte hizo construir inmediato á la misma en el bosque de Boulogne un trasunto del mismo Alcázar, que se conservó hasta los tiempos de

la revolucion, conocido siempre con el nombre de *Chateau de Madrid*.

La importancia que había dado Carlos V á la villa de Madrid, y especialmente á su Alcázar, ya verdadero palacio régio, bajo la acertada direccion de los arquitectos Covarrubias y Luis de Vega, creció de todo punto en vida de su sucesor Felipe II, fijando la corte en esta villa por los años 61 al 65, atrayendo á ella numerosa poblacion, extendiendo extraordinariamente su recinto, y dotándola de notables y numerosas construcciones, grandes fueros y regalías. El Alcázar régio, obra en su parte principal como queda dicho de Carlos V, recibió de su hijo y sucesor su complemento y mejoría con notabilísimas torres y una magnífica galería que miraba al parque en que hizo plantar suntuosos jardines. En él residió constantemente, durante su permanencia en esta villa, el poderoso y austero monarca que extendía su dominacion y su política á las mas apartadas regiones del globo. En él tuvo lugar el misterioso y terrible drama de la prision y muerte del desdichado príncipe D. Carlos, y el fallecimiento inmediato de la reina Doña Isabel de Valois; en él recibió las solemnes embajadas de todos los monarcas de Europa, las visitas de muchos príncipes, las armas y banderas ganadas á los enemigos por sus generales vencedores D. Juan de Austria, los duques de Alba y de Osuna; en él contrajo matrimonio con su cuarta y última esposa Doña Ana de Austria; y en él nació, en fin, en 1578, su hijo y sucesor Felipe III, primer monarca madrileño de los que ocuparon el trono castellano.



(Exterior del Alcázar de Madrid).

Durante el reinado de este monarca, el real Alcázar, que fué su cuna, le sirvió tambien de residencia, excepto los cinco años de 1601 á 1606, en que por un capricho régio, harto inmotivado, trasladó la corte á Valladolid, hasta que habiendo fallecido en el mismo Alcázar Real en 1621, subió al trono su hijo Felipe IV.—En el largo reinado de este, y como emblema de su esplendorosa y poética corte, es cuando el Alcázar de Madrid llegó al apogeo de su brillante existencia; cuando la fábrica material del edificio, obra de los arquitectos Covarrubias y Vega, Toledo, Herrera y Mora, recibió nuevo esplendor en manos de Crescenti y otros célebres artistas; cuando sus régios salones, pintados por Lucas Jordan, y decorados con los magníficos lienzos de Velazquez y Murillo, de Rubens y del Ticiano, reflejaban la grandeza de los monarcas españoles, á quien tales artistas servían; cuando sus altas bóvedas resonaban la voz de los Lopes y Calderones, Tirso y Moretos, Quevedos y Saavedras; cuando sus régias escaleras y suntuosas estancias sentían la planta del príncipe de Gales, después el desgraciado Carlos I, y otros potentados que venían á visitar al monarca español ó á solicitar su alianza.

En aquella época no conservaba ya el Alcázar mas recuerdo de su primitivo destino y condicion que algunos torreones y cubos en las fachadas al Norte y Poniente. La principal, situada á Mediodía como la del actual palacio, era obra de los reinados de Carlos V y Felipe II y del gusto de su época, así como toda la distribucion interior del

edificio, donde no solamente había espléndidas habitaciones reales, sino tambien estensas dependencias donde celebraban sus reuniones los Consejos de Castilla, de Aragon, de Portugal, de Italia, de Flandes y de las Indias; por cierto que algunas de ellas daban á la régia cámara de Felipe, que en los primeros años de su reinado mandó abrir unos ventanillos llamados *escuchas*, desde donde asistía sin ser visto á las deliberaciones de aquellos supremos tribunales. Además en los aposentos bajos del palacio, conocidos por *las cobachuelas*, se hallaban las secretarías del despacho, que recibieron por antonomasia aquel nombre, así como el de *cobachuelistas* los oficiales ó empleados.

La importancia histórica de este palacio empezó sin embargo á decaer en el mismo reinado, teniendo que luchar con la del nuevo del Retiro, levantado por el conde-duque de Olivares para adular al monarca, y que acabó en fin por imprimir al gabinete su nombre, y al de la *corte de Madrid*, sustituyó el de *corte del Buen-Retiro*.

Lo mismo puede decirse durante la larga minoría y reinado del hercizado Carlos II, último vástago de la austriaca dinastía, que residía alternativamente en ambos palacios, y que al fin vino á extinguir su azarosa vida en el Alcázar en el primer año del siglo XVIII.

Sabido es que aquel régio edificio, página material de la historia madrileña, archivo viviente de las glorias de su corte, desapareció completamente á impulsos de un horroroso incendio en la noche-buena 24 de diciembre de 1734, y notorio es tambien que Felipe de Borbon,

que ocupaba á la sazón el trono español, emprendió la obra verdaderamente colosal de levantar de nueva planta y sobre el sitio mismo que ocupaba el antiguo Alcázar, el nuevo y magnífico Palacio Real, que hoy es el primer ornamento de Madrid. Pero ni este monarca, ni su hijo y sucesor Fernando VI pudieron llegar á habitarle, hasta que, en disposición ya de poderlo ser, le ocupó Carlos III en 1764. En él falleció en 1788 aquel augusto monarca; en él residió durante su largo reinado Carlos IV; en él instaló Napoleón al intruso rey, su hermano José Bonaparte, á su paso por Madrid en los primeros días de diciembre de 1808, siendo fama que al subir ambos la escalera de este magnífico palacio, dijo aquel poniendo las manos sobre uno de los leones de mármol que la decoran: «*Je la tiens en fin cette Espagne si désirée*»—y volviéndose luego al intruso José añadió «*Mon frere, vous serez mieux logé que moi.*»—D. Fernando VII, de vuelta de su cautiverio en 1814, ocupó esta real casa hasta 29 de setiembre de 1835 en que falleció, y en ella, en fin, nació en 10 de octubre de 1850 la augusta princesa que hoy ocupa felizmente el trono español.

R. DE M. R.

LA DOCTORA GUZMAN Y LA CERDA.

Achaque comun de las gentes es cerrar á las damas las puertas de las aulas y academias, como si naciesen condenadas á ser testigos indiferentes de nuestros primeros hábitos, ó compañeras impasibles de nuestros postrimeros desengaños. Corre de boca en boca, con irónico reproche, el principio de que se aviene mal la aguja con la pluma y el libro con el costurero, como si una reina magnánima, española, no hubiese corregido con la rueca en la cintura los desafueros de la nobleza, y no suspendiese la oración religiosa para dar comienzo á la traducción latina. Las labores domésticas pueden alternar con las lecciones filosóficas. El trabajo de manos no interrumpe el laboreo del entendimiento. Bien se puede elevar la imaginación hasta las regiones australes de la poesía, ó sazónar el ingenio con las prescripciones de las bellas letras, sin olvidar las privaciones de la virtud y los deberes de la familia. Respetemos á la naturaleza sin violentar sus obras. Algunas mugeres santas escribieron, y muchas excelentes madres publicaron sus pensamientos. Recordemos que el politeísmo romano ha dado los contornos de la muger á la expresión de las bellas artes. Las *Musas* pertenecen al sexo de las *Gracias*. El cristianismo también empieza en las tribulaciones de una madre predestinada.

La inteligencia no escoge sexos. La república literaria no se fija en el autor, sino en la obra. Desde que se ha observado cómo la historia establece entre los escritores de ambos sexos la mútua participación de gloria á la que se hicieron acreedores por sus escritos, el ánimo mas indiferente y la voluntad menos propicia se han visto obligados á deponer sus antiguas preocupaciones. A Aime-Martin, mentor filosófico de la madre, ha precedido Josefa Amar y Borbon, pedagogo fisiológico y moral de la muger. En el desarrollo contemporáneo de los estudios históricos, un pundonoroso diplomático y una palaciega popular han dado la iniciativa; ambos grandes escritores, ambos celebridades europeas: Chateaubriand y Mad. Staël. No se puede seguir á Chateaubriand por la antigua Francia sin distinguir á Mad. Staël en la moderna Alemania. En las creaciones de la imaginación y del sentimiento, la muger se adelanta al hombre, porque la misión de la muger es fecundar y sentir, entre tanto que el destino del hombre es pensar y examinar. La imaginación es el tesoro de la muger: toma del análisis, de la experiencia, de la historia, hemos querido decir, del hombre, el raciocinio. En la revelación ascética y en la creación fantástica lleva siempre la delantera. Santa Teresa es superior en el fondo, aunque inferior en la forma, á fra y Luis de Granada y Malon de Chaide. Mad. Sevigne se acerca mas al corazón humano que Fenelon y Montaigne. Ana Racclif ofrece al romanticismo, que se enjendra en la sombra, la novela terrorista. Mad. Dudevant (Georges Sand) escribe la novela escéptica: tal vez hace mas que escribirla; tal vez la siente. Mad. Lebasu improvisa la novela de secta. Enriqueta Beecher Stowe populariza la novela humanitaria.

De esta suerte, donde quiera que se levante un talento reflexivo, una imaginación vigorosa y un ingenio precoz, los hombres deben hacer lugar á aquella brillante aparición. Viene de esa mitad del género humano que nos hace poetas en la niñez y oradores en la adolescencia. Viene de ese sexo que serena nuestro fatigado espíritu durante el cansancio mundano, y reanima nuestra inspiración con la brisa suave y aromática de su aliento. Viene, en fin, de ese sexo que vela nuestros sepulcros en los aniversarios de familia después de caleantar instantáneamente nuestros párpados moribundos con las lágrimas del dolor. Viene de donde venimos nosotros; del hombre, de la imagen de Dios, de esa prolongación eterna del favor divino. ¿A qué rechazarla, cuando

representa una ambición legítima? Nosotros abatiremos siempre las falsas y ridículas pretensiones de las eruditas, artificiosas y poetisas amaneradas que hacen de la gloria literaria la primera de sus coquetías; en cambio recibiremos con aplauso á las damas españolas que se han conquistado un honroso y elevado lugar en la república de las letras. La patria de Doña Isabel la Católica y Beatriz Galindo ya sabe lo que valen sus hijas de esforzado ánimo y distinguido ingenio. Las puertas de las aulas y de las academias ya se han abierto á su paso mas de una vez. La historia literaria de España viene en nuestro auxilio, y nos ofrece el abundante catálogo de las escritoras y poetisas que alcanzaron justo y merecido renombre, desde las *almeths* de Granada hasta las catedráticas de Salamanca y Alcalá de Henares.

Asistamos á la lectura de las *suras* y *divanes* en los salones alicatados de la Alhambra, y á la exposición de las doctrinas de los *alimes* en las Academias de Córdoba y Sevilla. Allí encontraremos las bellas y discretas hijas del Darro y del Guadalquivir. El rey Hixem colma de favores á Lobua, docta en aritmética, gramática y poesía. Maryem, hija de Abu-Facub el Faisoli de Xallias, abre en tiempo de Alhaken una escuela para las familias principales de Sevilla, donde se hace célebre como historiadora y poetisa Radhia, liberta de Abderrahman Anasir. Las poetisas Labana, Aischa y Safia, recitan *divanes* en la Academia imperial de Córdoba. Maryein, hija del caballero Abraham Ben-Albophayel, que comparte sus estudios entre la poesía y la música (1), Mogia, de ilustre cuna y claro ingenio, Mosada (2), el Al-Kattib de las moriscas (3), y Lelia, rimadora sentida y amorosa, son perlas grandiosas que caen en el vergel de las bellas letras.

Vistamos la crugidora armadura de los conquistadores de Granada, y diviseemos el atezado lienzo de una tienda de campaña, cámara real de Doña Isabel la Católica, ó el calado minarete de una torre señorial, tocador austero de alguna dama cortesana que olvida el azor de la caza por el vocabulario latino del Estudio general. Doña Isabel la Católica, discípula aventajada de Beatriz Galindo, hace de la lengua de los sabios y prelados, de los escritores y diplomáticos, la lengua de los cortesanos. El estudio del latín precede al análisis del romance. Antonio de Nebrija dedica en 1492 su gramática castellana á las damas de la corte. La escuela compuesta de los vástagos de los principales caballeros para la educación del príncipe D. Juan establece una emulación científica y literaria entre los gentiles-hombres. El palacio real se asemeja á una universidad. Las damas sostienen con los caballeros disertaciones académicas, y dirigen á los sabios epístolas cicerónicas. Las aulas reciben respetuosas maestras eruditas, así como habían admitido alborozadas á los profesores cortesanos. Francisca de Nebrija sustituye á su padre en la cátedra de retórica y poética. Lucía Medrano explica los clásicos latinos en la universidad de Salamanca. La infanta Doña Catalina, después reina de Inglaterra, escribe en latín *Las lágrimas del pecador* y *Meditación sobre los salmos*. Juana Contreras sostiene correspondencia latina con Marinese Siculo. Ana Cerbaton es maestra de lengua latina en Cataluña, y escribe una obra sobre los males ocasionados por los árabes á los españoles. Luisa Sigea, autora del poema *Sintra*, dirige á Paulo III una carta escrita en griego, árabe, hebreo, latín y siríaco. Angela Sigea, hermana de la anterior, es poeta en idiomas y sobresaliente en música. Gerónima Ribot se cuenta entre los discípulos del célebre Palmerino. Luisa de Padilla escribe las obras *Lágrimas de nobleza* y *Nobleza virtuosa*. Oliva Sabuco de Nantes Barrera, que el erudito padre Feijoo celebra como una muger discretísima, aunque no ha faltado quien creyese que era el seudónimo de un nombre varonil, publica en 1587 su célebre *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, cuya primera edición, para el mas cumplido elogio de su autor, se agota en un año. El amor y la gloria, agitadores perennes de la fantasía, obligan á cubrir con la sotana escolástica el cotillo mugeril. Feliciano Enriquez de Guzman, autora de la tragicomedia *Jardines y campos sabeos*, estudia en la universidad de Sevilla disfrazada de hombre para perseguir á su amante D. Félix. Hortensia de Castro, natural de Villaviciosa, pasa á Coimbra disfrazada de hombre, y en compañía de sus hermanos estudia la latinidad, retórica, filosofía y teología. Santa Teresa deposita su corazón en sus cartas, lo que equivale á decir un dulcísimo manjar para la meditación cristiana. El mundo científico admira la inspiración divina, y la universidad de Salamanca nombra doctora académica de este estudio general á la que ya era doctora mística de Avila. Cecilia Morillas prefiere la enseñanza de sus hijos á la de los infantes de España, cuyo cargo le brinda Felipe II: pedagoga femenina de gramática latina, retórica, filosofía, teología y música, muere en Valladolid en 1581. Feliciano Morell es graduada de doctora en leyes en Avión, después de un exámen riguroso. Juana Morella, natural de Barcelona, es teóloga y jurista á los diez y siete años. Isabel Joya, natural de Lérida,

(1) Año 1159 de J. C.

(2) Año 1190 de J. C.

(3) Autor de una excelente historia de Granada.

explica públicamente en Roma algunos puntos de filosofía y teología. La poetisa Florencia Pinar lleva sus inspiraciones al romancero general. Isabel de Rosales, colocada en el número de los sutiles escolásticos, sostiene en Roma públicos certámenes. Ana de Castro Egas, Bernarda Ferreira de la Cerda, Cristobalina de Alarcon (1), y Mencia de Mendoza, alcanzan glorioso nombre en el estudio de las letras humanas. María de Zayas y Sotomayor, autora de novelas y comedias, alcanza una popularidad que justifica las diversas reimpresiones de sus obras desde 1634 hasta 1716. Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes, imprime en 1638 el *Año Cristiano*. De los claustros monásticos llegan á las mercaderías de libros los nombres de la venerable Sor M. Maria de Jesus de Agreda y de Sor Juana de la Cruz.

En el siglo XVIII, los estudios filosóficos de las literatas españolas corresponden á la severa ilustración que se generaliza entre las diversas clases de la sociedad. Es la segunda crisis del renacimiento; el examen se aprovechará de las comparaciones que evoca la antigüedad sentada en el peristilo de las instituciones modernas. Catalina de Castro traduce la celebrada obra de Mr. Rollin sobre *El método de los estudios*. Maria Antonia Fernandez de Tordesilla traduce la *Instrucción de una señora cristiana*, y Josefa Amar y Borbon publica en 1740 el *Discurso sobre la educación física y moral de las mugeres* (2). La poesía no puede ser alejada de la imaginación de la mujer: desterrada de las sociedades económicas y de las fábricas de salazon, vuelve á los monasterios. La *Décima musa*, la monja de Méjico, Juana Inés de la Cruz, y Rosa Galvez, publican sus inspiraciones poéticas. Las aulas y las academias vuelven á ser el estudio general y el palacio real del siglo XV. Reciben con honrosa consideración á las damas de elevado renombre por su talento é ingenio. Nosotros vamos á presentar á nuestros lectores los detalles biográficos de una ilustre joven, cuyo retrato estampamos al frente de este artículo, que ha sido nombrada á últimos del siglo pasado catedrática honoraria de la universidad de Alcalá, y socia de la Real Academia española.

Doña Maria Isidra Quintina de Guzman y la Cerda, hija de D. Diego Guzman Ladron de Guevara, conde de Oñate, y Doña Maria Isidra de la Cerda, condesa de Paredes, nació en 31 de octubre de 1768. Desde sus primeros años descubrió un claro y privilegiado talento cultivado con inteligente pulso por su maestro D. Antonio de Almarza. Su aplicación corrió parejas con su ingenio. Las lenguas vivas y muertas, las bellas artes, la filosofía y la teología son el caudal científico con que se presenta á los diez y siete años á sostener los ejercicios de un grado académico. Sus padres, respetuosos guardianes del abolengo literario que se conserva en su distinguida familia desde el siglo XV, que ha visto á un antepasado del condado de Paredes desempeñar el magisterio en la universidad de Salamanca, hasta el siglo XVIII, en el cual se ha retirado del mundo. Luisa Manrique de Lara, monja y escritora piadosa, solicitan de Carlos III una autorización para que Doña Maria Isidra Quintina de Guzman sea laureada, como Arias Montano y otros célebres ingenios, en la universidad de Alcalá. Por una real orden dada en Aranjuez en 20 de abril de 1783 se ordena que se le confieran por este estudio general los grados de filosofía y letras humanas, *precediendo los ejercicios correspondientes*, y por otra real orden de 7 de mayo se autoriza al claustro de la universidad para que varie el ceremonial todo lo que exija el decoro de la ilustre descendiente de la condesa de Paredes.

Una numerosa muchedumbre de vecinos y estudiantes salen á re-

cibir la en las afueras de Alcalá. El palacio arzobispal es el suntuoso hospedaje de su persona. En la noche del 3 de junio, día de su llegada, el claustro de la universidad la visita en corporación, y el señor Lopez del Salazar, consiliario del establecimiento, pronuncia el mensaje oficial «donde se hace mención del agradecimiento que tienen en su corazón—se refiere á los habitantes de la ciudad—á la piedad de nuestro Soberano, y á la alta distinción que ha de merecer en la república literaria una sabia Excm.a, primera maestra complutense, y en toda España.» Doña Maria Isidra Quintina de Guzman contesta en nombre de sus padres con respetuoso decoro.

En la mañana del 4 vuelve la universidad en corporación, y el secretario le da los puntos de Aristóteles para el ejercicio académico, entre los que escoge la conclusion de que *anima hominis est spiritualis* (cap III del lib. 2 de *Anima*). A las veinticuatro horas, acompañada de sus padres y del cancelario, rector y hedeles, se dirige en coche á la iglesia de la universidad, donde los doctores y maestros la esperan entre seiscientas personas citadas por la solemne novedad de la recepción. Los acentos melodiosos de la música son interrumpidos por la discusión académica. La ilustre dama prueba en castellano la conclusion de Aristóteles, y responde á los tres argumentos de los catedráticos de prima Martinez Alonso, fray Tomás de S. Vicente y fray Rodriguez del Cerro. El examen de preguntas recorre los estudios graves y profundos de la filosofía: la lingüística, la retórica, la metafísica, la historia de animales y plantas, la ética, la teología, la mitología, la geografía, la astronomía y la física general y particular, ocupan durante hora y media el razonamiento científico del ejercicio. Los examinadores fray Gaspar, fray Lopez, doctor Pastor, fray Velasco, doctor Valverde, doctor Peñuelas de Zamora y doctor Cañavate, reconocen la sólida instrucción y claro ingenio de la joven erudita. El claustro



(La doctora Guzman y la Cerda).

y la concurrencia la aclaman como doctora entre los vitores de la multitud y los ecos de la música.

A las diez de la mañana del 6 tiene lugar la solemne investidura del doctorado. La universidad se presenta con la mayor pompa y magnificencia. Un concurso numeroso entorpece el paso de la brillante comitiva que acompaña á la distinguida heredera de los condes de Oñate. El doctor Lopez del Salazar pronuncia el discurso paraninico, en el cual celebra las ascendencias y mérito personal de la ilustre doctora. Los vivos y los plácemes señalan el momento de cubrir sus sienes el bonete académico. El cancelario del estudio le propone una tesis deducida del concilio IV cartaginense sobre *si la mujer aunque virtuosa y docta podia enseñar en las universidades las ciencias profanas y sagradas*, y subiendo á la cátedra sostiene la afirmativa y hace público su reconocimiento á la universidad complutense. El rector, en nombre del estudio general, la nombra catedrática honoraria de filosofía moderna y consiliaria perpétua de su claustro, así como los maestros le adjudican el título de Examinadora de cursantes filósofos, ejerciendo inmediatamente este cargo universitario en el examen de algunos discípulos de las antiguas sùmulas.

Las felicitaciones se cruzan; los elogios se multiplican. El repique de campanas es acompañado de la música de las serenatas. Los estudiantes siguen alborozados á la distinguida doctora. La universidad coloca entre tarjetones y vitores el retrato de Doña Maria Isidra Quintina.

(1) Creemos que esta será la misma Doña Cristobalina Fernandez de Alarcon, autora de una excelente poesia presentada en el certamen de Córdoba (1613) para celebrar la beatificación de Santa Teresa. No podemos resistir la tentación de copiar los siguientes versos que describen á un serafín.

Engastada en rizos de oro
la bella nevada frente
descubriendo mas tesoro
que cuando sale de Oriente
Fecho con mayor decoro;
en su rostro celestial
mezclando el carmin de Tiro
con alabastro y cristal,
en sus ojos de zafiro
y en sus labios de coral;
el cuerpo de nieve pura
que escude toda blancura
vestido del sol los rayos
vertiendo abril y mayo
de la blanca vestidura;
en la diestra reluciente
que mil aromas derrama
un dardo resplandeciente
que lo remata la llama
de un globo de fuego ardiente;
batiendo en ligero vuelo
la pluma que al oro afrenta
bajo un serafín del cielo.

(2) Fuera de España tambien se han distinguido en esta época Sofia, Isabel Werber de Stocolmo, y Cayetana Agnesi, catedrática de matemáticas en la universidad de Bolonia, previa la autorización de Benedicto XIV.

tina de Guzman, dibujado por Inza, y acuña una moneda de plata para celebrar su doctorado (1). Durante la noche, se ilumina la fachada del estudio general, y los condes de Oñate ofrecen un suntuoso refresco, al cual asiste la universidad, el ayuntamiento y el colegio. A la despedida de la esclarecida doctora precede otro abundante refresco dado por su familia á los estudiantes que han festejado su grado con serenatas y aplausos. La celebrada recepcion de Doña Maria Isidra Quintana de la Cerda se consigna en el archivo de la universidad como un título de gloria para el establecimiento, y el conde de Campomanes en la contestacion que envia al cancelario del estudio, después de una minuciosa relacion de todo lo ocurrido, asegura que la solemnidad del acto ha merecido el agrado y aprobacion de S. M.

No es esta la primera ovacion consagrada á la ilustre dama. Tambien la Real Academia española la ha nombrado su socia por unanimidad en 2 de noviembre de 1784. Llama á su seno á una laboriosa y profunda literata que ha dedicado sus vigilias al estudio de las lenguas vivas y muertas. Alberga á una popular reputacion para enriquecer el catálogo de sus celebridades. Asocia su gloria al renombre de una esperanza legitima. Para algo mas que para autorizar y corregir han nacido las academias: sirven para alentar por medio del aplauso, para enaltecer por medio de la fama colectiva, y para fomentar por medio del estímulo honroso. «¿No ha sido necesario, pregunta la docta jóven con ingenua sorpresa (1), apurar toda la liberalidad de la Real Academia española para elevar á un honor que es el mas distinguido empleo y encumbrado premio de los mas esclarecidos literatos, á una jóven de diez y siete años que no ha conocido sino por los nombres los Gimnasios, las Academias, los Seminarios, ni ha tocado los umbrales del famoso templo de Minerva, ni aun oido otra voz que la de un solo maestro?»

En nuestros dias la prensa es la cátedra y la academia de las escritoras españolas. El teatro y el liceo ofrecen su foro y su tribuna á las inspiraciones de las poetisas. No recibirán la investidura universitaria de los catedráticos ó el diploma de los académicos, porque cada siglo dispone del talento como exigen sus ideas, sus tendencias, sus desengaños y hasta sus preocupaciones: empero la ovacion popular y el aplauso público no se hacen esperar mucho tiempo, después de que caen en el proscenio las coronas del entusiasmo y se multiplican las ediciones de las obras del ingenio. La actual generacion literaria ya escribió los nombres de Gertudis Gomez de Avellaneda, Carolina Coronado y otras celebradas poetisas en el catálogo de los escritores contemporáneos. El nombre que una vez se escribe con justicia en el libro de las reputaciones literarias, ya no se borra jamás. El tiempo no destruye el libro: el hombre erudito siempre se encamina hácia la biblioteca pública. Si es una gloria nacional, la nacion se encargará de repetir su nombre, aunque no sea mas que por orgullo: si es una laboriosa aspiracion á la gloria personal, no faltará un rebuscador de antiguallas que analice sus pensamientos dentro de dos siglos. A falta de cátedra y academia, desde el teatro y el liceo los nombres de las poetisas contemporáneas han pasado al registro de los escritores nacionales. Nosotros tambien somos justos á nuestra manera con las literatas y poetisas españolas.

1855.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

EL ULTIMO REMEDIO.

I.

Si conforme se compran cristales para aclarar los objetos en el proscenio del teatro, se vendieran microscopios para acercar á nuestros ojos el mundo en que vivimos, y al que no miramos mas que por

(1) En su anverso se veia un bonete con borla; encima una corona de laurel, y abajo este letrero:

ASSIDUO. PARTA.
LABORE.

En el reverso se leia la siguiente inscripcion:

A
EXC. D. D. MARIA
ISIDRA DE GUZMAN.
ET. LA CERDA.
HUM. LIT. ET PHILOS.
DOCT.
COMPLUM. ANNO.
MDCCCLIII.

(2) En su oracion de gracias publicada en el *Memorial literario* de mayo de 1785. El *Diccionario enciclopédico* de Buillon (tom. I de 1788, part. II, pág. 355) alaba la presente recepcion en la Real Academia española.

el postigo de la puerta falsa, ... ¡cuánto mejores seríamos, y cuánto mas felices! Esto decia Andrés.

La invencion de los sotabancos fué sin duda de algun arquitecto que habia vivido largo tiempo en bohardilla, y sin otros méritos, bien merecia por este solo que su nombre estuviera esculpido en mármoles y grabado en todos los corazones de los abohardillados individuos; esto decia Diego.

Y yo estoy cansado de oiros desbarrar, murmuró con enfado un hombre de treinta años escasos, que estaba en el fondo de la habitacion lavando pinceles, y al que llamaremos Antonio.

—¿Lo dices por mí? preguntó Andrés.

—¿No te referirás de fijo á mí? repuso Diego.

—Lo digo por los dos, sí, por los dos; el uno con sus continuos llo-riqueos, el otro con su interminable sarcasmo; ni con resignaciones ni con iras hemos de adelantar un paso, y harto tiempo hemos perdido ya con desesperarnos; á buscar un remedio pronto, á pensar por un momento la imaginacion de cada uno, porque nuestro ingenio tiene precisamente que cotizarse.

—No será porque no se lo ofreci ayer al pícaro del usurero, contestó Andrés; pero ni por esas: la virtud, la vergüenza, el deshonor, todo tiene su valor intrínseco ó relativo, menos el talento y el genio; serán condiciones ideales de mas valer que el mundo; pero á fé que oyendo decir todos los dias que fulano tiene tal capital en fincas, ó tal otro en papel, jamás oimos, aquel tiene dos reales de talento. ¿Pero á qué perdersen en vanas exclamaciones? Cuando una cosa no tiene remedio, lo mejor que puede hacerse es no esperar ninguno. Desengáñate, Antonio, desengáñate, Diego.

—Se compuso lo de Caparrotta y lo ahorcaron en viernes, exclamó Diego: suceda lo que quiera; pero durmamos entre tanto.

—Siempre con tu imperturbable sangre fria, siempre con tu cándida confianza, murmuró Antonio con aquella dulzura de la desesperacion crónica: lo necesario, lo preciso es encontrar un remedio.

—Yo no veo mas que uno, repuso Andrés.

—¿Cual?

—Salvanos, Andres.

—¿Encuentras un medio?

—Sí: único, poderoso, fácil, pronto, eficaz, y que acaba con todas nuestras desgracias. Cuando un valiente general ha perdido las esperanzas de la victoria, y solo puede salvarse merced á una retirada vergonzosa, cuando un marido infeliz ha apurado todas las amarguras del ridículo, solo le resta un medio, *la muerte*. A nosotros nos ha vencido la fortuna; unidos á ella con los lazos de nuestros méritos, nos ha ultrajado, infame adúltera, para prodigar sus favores á otros que tan lejos de merecerlos se encuentran; estamos pues en el caso de salvar nuestro honor como el general y el marido. Formemos una sociedad suicidatoria, cuya base principal sea el hambre, arma homicida que sobre nuestras cabezas descansa con la fuerza de cuarenta trabucos, ya que no tenemos la mas inocente herramienta que pueda abrirnos las puertas de esa malhadada felicidad que los sepulcros guardan.

—No, contestó Antonio, la misma desgracia nos proporciona una muerte fácil á todas horas; las ventanas de este nido de desdichas son el portazgo de la eternidad mas espacioso y económico; y ciertamente que el puerto de arribo no deja de prestarse tampoco á nuestros intentos, porque el empedrado de la calle de la Cabeza es todo lo que se puede apetecer para el caso.

—Pues pensemos en ello, repuso Diego, siquiera por discurrir en algo.

—Sí, dijo Antonio, formaremos una sociedad anónima que tendrá la ventaja de no parecerse á ninguna otra.

—Empecemos por bautizarla, repuso Diego: en mi concepto se debe titular por la analogia del medio práctico, *La Safo*.

—Hombre, yo creo que para que tenga algo de sabor de la época, se la debe llamar *la aereostática*, indicó con aire grave Andrés.

—Y yo por el contrario, dijo Antonio, creo que se la debe nombrar *El último remedio*.

—Aprobado.

—Pues queda aprobado.

En el reloj de la torre inmediata sonaron las doce, y este incidente interrumpió el diálogo; aquella hora tenia algo de fatal para estas tres almas fundidas en una por la desgracia y la desesperacion, única seda que pueda hilvanar dos voluntades, único lazo que liga á los hombres, y de tal manera para eso, que al mas ligero vaiven de la fortuna, al mas insignificante desnivel se rompe y se deshace.

Las doce de la noche era una hora fatal para Diego, y por consecuencia para sus dos compañeros de infortunio. No siendo hermanos, ni siquiera pariente, ni lo que es mas aun compatriotas, pues Antonio habia nacido en América, Diego en Aragon, y Andrés en Andalucía, ¿por qué y cómo tres hombres de carácter diverso, de distinto país y de edad diferente reian y lloraban de consuno como movidos por un

resorte, se entendían sin explicarse, y hacían causa común del pasado, del presente y del porvenir? Eso es un poder secreto que bajo el nombre de la amistad hace que dos hombres se profesen mutuamente el cariño del padre al hijo; ¿y por qué dos hermanos no alcanzan entre sí esa reciprocidad de ternura? Fácil es de comprender. Dos hermanos no tienen nunca que revelarse ni las amargas historias de la cuna, ni los deliciosos recuerdos de la infancia, ni los atrevidos pensamientos de la adolescencia, ni los torpes ó vergonzosos pasos de la juventud: dos hermanos no pueden tener nunca entre sí cosa que no haya sido común, como no sean esa clase de secretos que pertenecen exclusivamente al individuo, de esos secretos que el hombre no revela nunca ni á sí mismo. El amigo nos hace su historia y nosotros le hacemos la nuestra; el amigo nos confía sus penas, y nosotros le hacemos partícipe de las nuestras; el amigo nos cuenta sus esperanzas y sus desengaños, y nosotros le enseñamos sin disfraz todas nuestras flaquezas, todos nuestros defectos, todos nuestros vicios. Por eso es la amistad una cadena difícil de hacer, porque hay que soldarla al calor de dos corazones.

Dieron las doce y cuarto, y seguían silenciosos é inmóviles: únicamente Diego, el satírico, el que de los tres parecía antes menos dominado por el dolor, había cambiado su sarcástica faz por la lívida cara de un muerto, y lloraba sin que á sus lágrimas precediera un gemido como al trueno el relámpago: los ayes del dolor intenso son sobradamente puros para que se atrevan á salir del pecho. Hacía tres años que á aquella misma hora, por la última vez, una infeliz anciana había pronunciado en sus brazos la deliciosa frase *¡Hijo mío!* que solo aprecia el que no puede escucharla ya.

La vela de sebo que daba luz á la estancia tocaba á su fin; con su chisporroteo interrumpió el silencio horrible que allí reinaba, y como si fuera la campanilla de un presidente que abre la sesión, allí sirvió para arrancar de la boca de Antonio estas aterradoras palabras: *es preciso morir.*

Tienes razón, contestó Diego; tú enfermo é incurable, á Andrés por prófugo le espera un presidio y á mí la cárcel si no entrego mañana mismo el dinero que tomé para satisfacer jaropes que no han servido mas que para empeorar nuestra aniquilada salud; sin parientes, sin nadie en el mundo que conozca nuestro nombre mas que la justicia, nada podemos esperar; pero para morir necesitamos hacer un esfuerzo. Es preciso que nos vengamos del mundo que nos vilipendió tirándole á la cara la última queja. Antonio, tienes que pintar un cuadro; Andrés, mañana vas á llevar tu libro á casa del primer ministro; yo por mi parte haré la postrer visita á la Academia, se me ha ocurrido esta noche hacer una enmienda en el proyecto de mi obra.

No tenemos cama en qué dormir; pero tampoco tenemos esperanzas ni deseos que nos desvelan, y estoy seguro de que dormiremos bien.

La luz se apagó, y todo quedó en silencio.

II.

En esas deliciosas mañanas de mayo, cuando Febo no ha desplegado aun toda la fuerza de sus rigores, los jardines del Retiro constituyen el mas delicioso paseo imaginable.

En una de aquellas calles de árboles en que al mediodía apenas penetran los rayos del sol, se deja ver un joven de pálido semblante; su larga cabellera negra, abandonada al viento, le azota de vez en cuando el rostro, y en su traje está retratada la enemistad de la fortuna como en el charco de una fuente se retratan de noche la luna y las estrellas. Traza líneas y círculos en la arena, y tan abstraído en su trabajo parece estar, que apenas fija la atención en las gentes que pasan.

Cuando un hombre está dominado por una idea y este hombre es joven y poeta ó artista, aquella idea absorbe todas sus fuerzas morales, y mientras no la desenvuelve ó no la abandona, está tan cerca de la demencia, como el que pretenda encontrar el fin de las aspiraciones humanas.

Diego, que era el joven aquel, cursaba el último año en la escuela de arquitectura, y había presentado ya sus trabajos de examen.

(Continuará.)

EDUARDO GASSET.

LA PRIMERA VERBENA.

*La primera verbena
que Dios envía
es la de san Antonio
de la Florida.*

I.

Entre flores y ramas
tienes tu ermita,
glorioso san Antonio

de la Florida;
ramas y flores
te dan, santo bendito,
tu dulce nombre.

Bien haya el arquitecto
que edificara
tu templo entre las flores
y entre las ramas;
hermoso emblema
del patron de los niños
y las doncellas!—

Tras las floridas lomas
de Somos-aguas
se hunde el sol entre nubes
de oro y de nácar;
su luz postrera
brilla en el santo muro
de la Almudena.

Siempre que el sol se esconde,
Virgen Maria,
melancólica y triste
queda tu villa...
Santa patrona!
que el sol para tu villa
nunca se esconda!

Sobre el dorado alcázar
que el cerro ocupa,
vertiendo resplandores
sale la luna,
y en las tranquilas
ondas del Manzanares
sus rayos brillan.

Repican las campanas
de san Antonio,
todos los corazones
laten de gozo,
todos los labios
publican de las almas
el entusiasmo.

Ya bajan por la cuesta
de san Vicente
doncellas y mancebos
cantando alegres;
ya el pueblo invade
la florida ribera
del Manzanares.

Virgen de la Almudena,
santa patrona!
que la luna esta noche
su luz no esconda,
pues ilumina
la primera verbena
que Dios envía!

II.

¡Oh qué azul es el cielo
de nuestra patria!
Azul como tus ojos,
niña del alma,
virgen hermosa,
débil enredadera
que en mí te apoyas!

¡Oh qué serenas brillan
luna y estrellas!
¡Qué bien huelen las flores
de la pradera!
¡Qué perfumadas
á refrescar mi frente
vienen las auras!

Gloria al Señor que puso
mi pobre cuna



donde hay estas estrellas
y hay esta luna,
y hay estas flores,
y hay estas dulces auras,
y hay estas noches!

Todos se regocijan
en la verbena;
todos, mozos y ancianos,
varones y hembras,
cantan y bailan,
comen, beben y rien
ó de amor tratan.

Para tratar de amores
unos anhelan
las misteriosas sombras
de la arboleda,
los otros buscan
las praderas en donde
brilla la luna.

Y en el prado florido
ó en la arboleda,
á la luz de la luna
ó en las tinieblas,
¡qué bien, Dios santo,
se comprenden los pechos
enamorados!—

El oriente se inunda
de resplandores,
estrellas y luceros
su luz esconden,
las aves cantan,
aquí suenan clarines,
allí campanas.

Y por ver los encantos
de la ribera,
y escuchar los cantares
que en ella suenan,
los moradores
del alcázar se asoman
á los balcones.

¡Oh que hermosa es la vida
pues la engalana
cada veinticuatro horas
una alborada!
¡Oh si tuviera
cada veinticuatro horas
una verbena!

III.

Repican las campanas
de san Antonio,
el templo abre sus puertas
á los devotos...
¡Bendito sea
el patron de los niños
y las doncellas!

De agradecidas madres
son donativo
esas flores que adornan
el santo niño,
el niño hermoso
que sonríe en los brazos
de san Antonio.

Y en el altar pusieron
esas guirnaldas
las tiernas doncellitas
enamoradas
que al santo deben
el ver correspondido
su amor ardiente.

¿Veis esa hermosa jóven

que llega al templo
conduciendo en sus brazos
un angel bello?
Pues es la madre
con quien todas las noches
sueña ese ángel.

Y á cumplir con un voto
que al santo hizo
estando moribundo
su dulce hijo...
¡sin esperanza
viendo al fruto bendito
de sus entrañas!

¿Veis esa hermosa virgen
cuya mejilla
se pone colorada
cuando la miran?
¿que al altar llega
cargadita de rosas
y de azucenas?

Pues sabed que en la villa
cuentan que un voto
hizo al Santo bendito
si hallaba novio,
y desde entonces
va un mancebo á su reja
muerto de amores.

Hijos de la armonía,
nobles hermanos,
ofrenda de cantares
traed al Santo,
que hoy es la fiesta
del patron de los niños
y las doncellas.

15 de Junio de 1832.

ANTONIO DE TRUEBA.

BESOS A CUPIDO.

Pues al ver de Diana
los ojos bellos
en vivísima llama
se ardió mi pecho,
toma, Cupido hermoso,
mil y cien besos,
cien millones y miles
y mil y ciento.

Busca, niño amoroso,
mi dulce dueño,
y enciende en igual llama
su blando pecho;
mas antes toma en pago
cincuenta besos,
y otros mil y millones
y mil y ciento.

Por si del labio mío
un solo beso
en tu tierna mejilla
echas de menos,
toma, niño del alma,
mil y cien besos,
cien millones y miles
y mil y ciento.

Cádiz, 1844.

ADOLFO DE CASTRO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.